

**UN PASEO CASI
DESCORAZONADOR**



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

A mi nieto Pablo

— ¿Te importaría que se quedara el niño a dormir esta noche con vosotros? —me dijo mi hijo Jorge con cierto temor.

— En absoluto, al contrario, ya sabes que nos encanta tenerlo. Nos hace compañía y además veré con él una película de piratas. Una antigua, de aquellas que eran tan divertidas, basadas en hechos históricos y convenientemente maquilladas por la poderosa Industria de Hollywood.

Pablo me sonrió y me besó en la frente como solía hacer su padre. Ya no tenía que agacharme para recibir sus besos. En un año me había sobrepasado con creces y se había convertido en una estilizada figurita toda piernas y brazos de piel aterciopelada y morena. Su rostro

también se había transformado, pero sus facciones todavía se mantenían armónicas y equilibradas; sobre todo sus ojos no habían perdido en absoluto el fulgor de su mirada negra y brillaban con intensidad detrás del transparente cristal de sus pequeñas gafas.

Era domingo por la mañana y el tibio sol primaveral intentaba abrirse camino a través de las nubes que cubrían el cielo de Madrid. Llevaba planchando casi dos horas y mis pies y mis piernas comenzaban a enviarme señales inequívocas de cansancio, pero lo que más alterado tenía era mi sistema nervioso. Desde que había comenzado la pesada tarea de vaciar el cesto de la ropa de plancha, el persistente sonido de la Play Station de mi nieto no había dejado de bombardear mis oídos. Él me obedecía y rebajaba la potencia de los tiroteos, y yo subía el tono de mi transistor. Los disparos, la música, las horribles noticias... ¡Ya tenía bastante! Apagué el transistor, desconecté la plancha y le dije a mi nieto:

— Pablo, termina con la Play que vamos de paseo. No dijo nada, de sobra sabía que su partida había sido larga y llegaba a su fin.

Al salir del portal se atrevió a preguntarme a dónde íbamos.

— De paseo le dije. ¿Acaso quieres ir a algún sitio en especial?

— No, me contestó pero tampoco me apetece ir de paseo.

— Pues lo siento, cariño, pero tenemos que salir. Hay que moverse un poco.

Y mientras le decía esa enorme mentira, pensaba en mi cansancio, mi sillón, mi libro, mi cama y mi silencio.

— Nos vamos a la Plaza de Oriente, los domingos está muy animada. Ya verás.

Salimos a la calle, le abroché la chaqueta y le planté un sonoro beso en su fresca mejilla. Paseamos despacio el uno junto al otro hasta alcanzar la calle de Alberto Aguilera. En todo el

trayecto sólo habíamos visto tres o cuatro personas: un viejo con un perro, un joven que se movía al ritmo de lo que sus auriculares le indicaban; dos muchachas parlanchinas con cara de cansadas y breves minifaldas, y quizás alguien más que ahora no recuerdo.

— No parece que la calle esté muy animada. Me dijo con esa voz ambigua entre el niño y el hombre.

— Espera a que lleguemos a la Plaza de Oriente, contesté sonriendo.

Bajamos por la calle Conde Duque y sólo nos cruzamos con una par de coches que, durante unos segundos, nos liberaron del brillo del sol sobre los adoquines. Al llegar a la calle Princesa tuvimos que bajar de la acera para dejarle paso a un joven padre que empujaba el carrito de su hijo mientras se camuflaba detrás de su periódico. Ni gracias, ni miradas, ni nada, solamente silencio. El bebé dormía. Bajamos la escalera que separa la diminuta calle del Duque

de Osuna de la calle Princesa y tuvimos que taparnos la nariz para evitar el olor de los orines que, generosamente, habían rociado la esquina. Mi nieto me miró con un gesto de asco:

— Ya sabes cariño, las cervezas del sábado por la noche.

— ¡Corre abuela, y procura no respirar! Me dijo mientras me cogía fuertemente de la mano para ayudarme a bajar las escaleras.

El viento, compañero inseparable de la Plaza de España, se encargó de intercambiar el aire de los residuos humanos que habían impregnado nuestros pulmones, por el de los gases de los coches que circulaban velozmente por las amplias calzadas, y, parecerá increíble, pero nuestras narices urbanitas se sintieron como en casa. Miré a Pablo de reojo para ver si veía en él alguna señal que mostrara interés por nuestro paseo. Nada. Al pasar por la calle Bailén le mostré el Senado. A la vista del moderno edificio en

un lugar tan arrinconado y de tan difícil acceso mostró cierto interés.

— ¿Qué hacen los senadores, abuela?

La pregunta me dejó helada pero no podía dar muestras de mi ignorancia y le contesté con una larga evasiva.

— Ratifican las leyes que emiten en el Congreso. Respondí con un aplomo del que carecía.

— ¿Ratifican? insistió él.

— Bueno, las discuten, intentan cambiarlas, pero al final es en el Congreso de los Diputados donde se aprueban definitivamente.

Un gracioso malabarista rodeado por una multitud de gente que le aplaudía por sus ingeniosos movimientos, vino a salvarme de la difícil situación en que me hallaba, la cruda realidad era que no tenía ni idea de qué hacían nuestros ilustres senadores. Seguimos paseando y, casi sin darnos cuenta, nos encontramos ro-

deados de una multitud de personas, de familias enteras y de chavales con mochilas, zapatillas de deportes y móviles de última generación sacando fotos a diestro y siniestro.

— ¿Ves, cariño, ya te dije que esto suele estar lleno de gente?”

— Ya lo veo, abuela, son turistas. Cuando fui a París con mamá hacíamos lo mismo. Pero era en París, claro, no en Madrid.

— ¿Y qué tiene Madrid que envidiarle a París?

— ¡¡¡Abuela!!! me contestó indignado. Paris es enorme y precioso.

— Pues sí, no voy a discutir ese tema, pero esto está llenito de franceses, ¿los ves? Algo tendremos ¿no? También hay italianos, sudamericanos, ingleses, alemanes, americanos y rusos y, muchas otras personas cuyos idiomas no termino de identificar.

El sol había alcanzado su cenit y se había deshecho de las nubes, seguramente quería mostrarles a los visitantes de la ciudad lo que significaba una hermosa primavera madrileña, así que no nos quedó más remedio que deshacernos de las chaquetitas, bufandas o pañuelos. Estaba agotada.

— ¿Tienes hambre?

— Sí. Contestó sonriendo.

— Pues vamos a ver las estatuas de los reyes godos y luego tomamos el metro en Ópera.

— Vale ¿Sabes si tenemos macarrones para comer?

— ¡Síiii!, unos macarrones riquísimos que habrá hecho tu abuelito.

La imagen del plato de macarrones y su magnífico aroma fueron como un revulsivo para las piernas de mi nieto. Aligeramos el paso hasta los jardines y allí en dos filas se alzaban

enormes y majestuosos: Ataúlfo, Eurico, Leovigildo...Don Pelayo...Wifredo el Velloso...

— ¡Son geniales y están ‘cachas’ como los de la Play!

Me lo quedé mirando, seria, decepcionada, y sus preciosos ojos me respondieron con una sonrisa burlona.

— ¿Te estás *quedando* conmigo? le pregunté.

— Claro, ¿se nota mucho?

— Anda vamos a comer que me tienes agotada.

Cogimos el metro en Ópera. El vagón iba lleno y uno junto al otro hicimos el trayecto de pie en completo silencio. Bajamos en la estación de San Bernardo y mientras atravesábamos la Plaza del Conde del Valle de Suchil me atreví a preguntarle:

— ¿Qué tal lo has pasado?

— Bastante bien. Me contestó.

— ¡Cómo que bastante bien! le grité indignada.

— Vamos a ver si nos aclaramos mi querido nieto, hay distintas formas de expresar un estado de ánimo o una sensación, o lo que sea. A saber: muy bien, bien, bastante bien, regular, mal y muy mal. Y ahora te repito la pregunta:

— ¡¡¡Muy bien abuelita!!! Exclamó mientras me envolvía entre sus largos brazos y lo remataba con un rotundo beso en mi sudorosa frente.

Y yo me sentí tan feliz que olvidé mi cansancio por completo...

Madrid, primavera de 2013